

EL ANTIGUO PATRIMONIO DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA (1492-1845). ORIGEN, VICISITUDES. ESTADO DE SUS RENTAS AL TERMINAR LA AUTONOMÍA, por *Carlos Riba García*, catedrático y cronista de la Universidad de Valencia. *Anales de la Universidad*. 1922-1923. 143 págs.—Valencia, Tip. de F. Vives Mora, 1923.

Viene esta monografía, encargada por la Universidad de Valencia al docto catedrático de su Facultad de Letras señor Riba (quien hubo de ganar cumplidamente su título de cronista de aquélla por su discurso inaugural, en 1910, referente a la participación que tomó en la guerra por la Independencia, a principios del siglo XIX) a estudiar uno de los temas más interesantes de la vida de nuestras antiguas Universidades: el referente a los medios económicos empleados para sostenerlas en los tiempos de su vida autonómica.

No suele ser este aspecto el más estudiado por nuestros historiadores universitarios, más atentos, por regla general, a enumerar las glorias científicas de sus hijos ilustres que a ver el interés social despertado por ellas y su reflejo en los donativos y rentas que recibían.

Fué en general la vida económica de nuestras Universidades autónomas mísera y escasa, reflejando la general pobreza del país: se funda la de Valencia con escaso apoyo material de la ciudad a fines del siglo XV (1492) y vive penosamente, gracias al apoyo de rentas eclesiásticas otorgadas por el Pontífice Pío IV (renta de Orihuela) y la llamada Prepositura de febrero, cedida también con anuencia pontificia en 1553 por uno de los Pabordes (después canónigos) de la Catedral de Valencia. Aumentan estos modestos ingresos los censos establecidos por los préstamos que de los fondos recogidos de las propinas que los graduandos entregaban pudo hacer la *Taula* de cambios y depósitos de la ciudad, en donde la Universidad depositaba sus economías; vida económica penosa, en que acaso fué preciso abrir la mano en el otorgamiento de grados (mal de que se quejan acerbamente los escritores de los siglos XVII y XVIII que se ocupan de asuntos universitarios) a fin de reforzar los ingresos, escasamente aumentados por donativos para fines religiosos, incorporados a la Universidad, por levantar ésta sus cargas.

Tan sólo hay una modesta fundación de iniciativa particular: la del obispo de Barcelona Climent para fundar una cátedra, *Locis Theologicis*, en la Facultad de Teología, dotada con 60 libras anuales: pocos años duró esta fundación, extinguida al suprimirse la cátedra en el Plan de Estudios de 1807.

Cuando a fines del siglo XVIII los ministros de Carlos III acometieron la reforma, en sentido centralista y unitario, de las Universidades españolas, acudió Floridablanca a dotar a la Universidad de Valencia, una de las más florecientes, concurridas y renombradas, con los recursos necesarios para su decoroso sostenimiento: fueron éstos 8.000 pesos, que había de entregar la ciudad de las rentas de sus bienes de Propios, 12.000 pesos de pensión anual sobre la Mitra cuando se verifique su vacante y el producto de las propinas y multas que le correspondieran, según determinaban los Estatutos universitarios.

La cuota que aportaba la ciudad fué rebajada, y después, con motivo de la Guerra por la Independencia, ésta y la de la Mitra, cobradas con gran irregularidad; hubo además la Universidad de prestar de sus propios fondos para atender a los gastos generales de la nación en su lucha con los franceses, y con este motivo atravesó por un estado de extremada penuria, llegada al punto de que estuvieron los catedráticos sin poder cobrar sus sueldos más de dos años.

El desorden económico fué tal en todo el país a consecuencia de la guerra o, mejor dicho, en la post-guerra, que en 1837 todavía no había cobrado la Universidad ni las pensiones corrientes ni los atrasos, que ascendían a cantidad considerable. Fué preciso acudir al auxilio del Estado, que no pudo prestarlo grande por lo deficiente de su situación económica, y al fin logró la Universidad ser autorizada para invertir en la restauración del edificio universitario sus propios fondos de multas y propinas, con lo cual pudo realizarlo en 1842.

A medida que se restablecieron las circunstancias normales, fué reorganizándose la vida económica universitaria, robustecida en 1830 por un importante legado de fincas en varios pueblos de la región valenciana otorgado por el teniente general don Salvador Perellós y Lanuza para dotar tres cátedras de Cirugía.

Impone el donante a los nuevos catedráticos la obligación de visitar gratuitamente a los estudiantes pobres albergados en el Hospital Universitario y a la familia del Marqués de Dos Aguas, a la que pertenecía el general Perellós, así como a rezar con sus discípulos todos los sábados un *Padrenuestro* y un *Avemaría*, en las aulas, por el alma del donante.

Sección o parte muy interesante de la monografía del señor Riba es la consagrada a enumerar las cargas que pesaban sobre la Universidad, aparte del sostenimiento del edificio y sueldos del personal docente y administrativo; figuran en ella las cantidades destinadas para los hospitales de Pobres Estudiantes de Valencia y de la Corona de Aragón, establecido en Madrid bajo la advocación de Nuestra Señora de Montserrat, y aparte de otros censos entregados para distintos fines, algunos que podrían ser calificados hoy de verdadera asistencia social, hay un capítulo que hoy podemos mirar con asombro los actuales catedráticos: el destinado a impresiones, para publicar las obras que se estudiaban en las aulas, y las disertaciones de sus profesores y opositores. Aunque duró poco tiempo (de 1797 a 1809), el intento indica espíritu análogo al existente en otras Universidades extranjeras, verbigracia, la de Cambridge, en Inglaterra, donde desde 1760, en que Ricardo Ben Fley formó en ella el *Sindicato de Publicaciones*, ha proseguido incesantemente mejorando su imprenta y centro editorial para publicar "las obras que puedan contribuir al progreso humano", y al par resolvían la famosa cuestión de los libros de texto, pues cubiertos gastos y conservado el fondo o capital, cada cuatro años se distribuían las ganancias entre los cooperadores científicos o autores.

Singular interés tiene también la administración de la Universidad, encomendada a una Junta de *Electos* formada por catedráticos y elementos administrativos, que se cambiaban por elecciones sucesivas, análogas (no idénticas) a los *Trusts* de las Universidades americanas o inglesas, pero esencialmente distintas de nuestro burocratismo docente académico actual, resto en todo el planeta del centralismo napoleónico.

Interesantes documentos inéditos, por vía de apéndice, y curiosas láminas intercaladas en el texto, entre ellas la de la anti-

gua y artística arca de hierro donde se custodiaban los caudales universitarios, avaloran esta interesante y erudita monografía y patentizan el amor a Valencia y a sus centros docentes del autor, quien, aunque de origen aragonés, ha puesto repetidas veces su empeño en investigaciones valencianistas y el acierto de la *Academia* al votarle tiempo ha para Correspondiente, atendiendo a sus interesantes estudios históricos realizados en los principales archivos nacionales y extranjeros.

EDUARDO IBARRA Y RODRÍGUEZ.

8 mayo 1924.